

nuevo laurel para la corona que tejieron en otros tiempos las invencibles armas catalanas.

“Ya veis la satisfaccion con que el ejército os acoje. La música de uno de sus más bravos regimientos ha salido á saludaros, y el mismo General en jefe, que me dispensa la honra de que os agregue á los valientes que tantas veces he conducido al combate, se ha presentado á recibiros, al desembarcar en las playas africanas. ¡Loor á ese General, que ha querido y sabido levantar á nuestra España de la prostracion en que yacia, para demostrar á toda la Europa que aun no estaba muerta, y que sus hijos, dignos herederos de su antigua gloria, son capaces de hacer por la pátria todo cuanto humanamente pueden hacer los hombres!

“Para formar parte de este ejército, no basta sólo ser valiente; se necesita ser sufrido. Debeis aceptar con resignacion las fatigas, los peligros de todo género, y hasta las más mortíferas enfermedades. Siempre valientes, pero subordinados siempre, si vuestros jefes os mandan trabajar, á trabajar; si os ordenan atravesar pantanos y lagunas, atravesadlos; y si es preciso ir á Tetuan por el rio, ¡al agua! y hasta Tetuan nadando.

“Así lo han hecho y lo hacen los que son ya vuestros hermanos, y así lo hareis vosotros; porque así cumple á los hijos del bravo pueblo catalan.

“Soldados: Cataluña que os ha despedido con fervoroso entusiasmo; las madres, los hermanos, los amigos, todos os contemplan con orgullo. Jamás olvideis que sois los depositarios de su honra.

“No defraudeis sus esperanzas, que son las mias; pero si por desgracia, lo que no creo, así no fuera, ni uno solo de vosotros volveria á pisar el suelo pátrio: aquí moriríais todos ántes que mancillar en lo más mínimo el nombre que llevais. Siguiendo las gloriosas huellas de vuestros antepasados, y haciéndoos dignos de este ejército de bravos, al regresar á vuestros hogares, los catalanes os recibirán con aplauso, y donde quiera que vean á uno de vosotros, dirán en todas partes: “Hé ahí un valiente.”

“Soldados: ¡Viva la Reina!”

No es posible formarse idea del efecto mágico producido por la palabra del general PRIM en cuantos le oyeron, sino reproduciendo la relacion de algunos testigos presenciales de aquella escena.

“El Conde de Reus vitoreó á la Reina, como siempre, dijo el S. Perez Calvo: cuantos allí estábamos le vitoreamos á él, y generales y oficiales de todas clases y

armas, y paisanos y cuantos pudimos acercarnos á él, le estrechábamos las manos, mezclando entre el entusiasmo y la alegría lágrimas abundantes, que sin percibirlo brotaban de los ojos. Yo he conocido y he oído á oradores muy notables, tanto en nuestro país como en el extranjero; yo no he visto en ninguno reunido tanto vigor, tanta pasión, facilidad tan grande, ni frases tan sentidas, ni pensamientos tan tiernos y elevados; y esto sin preparación, de improviso, y en un idioma que, entendiéndolo muy pocos de los que allí estábamos, lo comprendían todos sin perder una sola frase, sin desfigurar un solo pensamiento: y consistía en que hay un lenguaje universal, que tienen pocos el privilegio de expresar, pero que hasta los sordos y los ciegos no pueden menos de sentir y comprender; un lenguaje en que la palabra es lo menos y lo más el corazón, el sentimiento, la fisonomía, la entonación y las maneras. ¡Dichoso el que posee tan raro privilegio! Y bien puede asegurarse que el general PRIM lo posee como el que más.,

“Varias veces fué interrumpido el bravo General con gritos de frenético entusiasmo, escribía también el ilustrado corresponsal de *La Iberia*..... Hubo un momento en que el Conde de Reus, soltando las bridas, levantándose sobre los estribos, y abandonándose á su elocuencia sobre el inquieto corcel, inspiró un sentimiento tan vivo en toda la concurrencia, que los soldados interrumpieron con los gritos de ¡*Viva el general Prim!* rodeándole, agrupándose en torno de su caballo, para verle y para admirarle con verdadero delirio. Verdad es que había sabido herir todas las fibras sensibles de nuestro corazón: el recuerdo de la patria, la gloria del ejército, la esperanza de la victoria.,

Terminado aquel acto, el general PRIM dispuso que los voluntarios fuesen á desfilar por delante del General en jefe, haciéndole los honores correspondientes á su rango; y marchando él á su cabeza, fué á detenerse junto á la tienda del Conde de Lucena, que se encontraba allí rodeado de su Estado Mayor.

Al efectuar el desfile por mitades, aquellos hombres, que habían salido de su tierra sin instrucción militar, no guardaron la mayor precisión en los movimientos; y esto dió lugar á que el General en jefe, volviéndose al Conde de Reus, le dijera con su habitual sonrisa:

—Me parece que están algo faltos de instrucción.

—Mi general, mañana la completarán en el combate, contestó PRIM sonriéndose también.

Esta oportuna frase fué al punto repetida de boca en boca, y celebrada en todo el campamento.

Después del desfile, dispuso el general PRIM que los voluntarios acamparan en las inmediaciones de su tienda, en donde hicieron pabellones, y se entregaron á la expansion natural de hombres amantes de su libertad, y poco acostumbrados á la sujecion que imponen las filas. Pronto echaron de ver que les faltaba todo, y todo lo tenían que buscar: algunos comenzaron á quejarse, y como no habia tiendas para ellos, se lo manifestaron al Conde de Reus, que saliendo al punto de la suya, les dijo:

—Muchachos, hoy os toca dormir al raso; porque vuestras tiendas están allí, añadió señalándoles el campamento moro. Mañana, cuando las hayais tomado, dormireis perfectamente en ellas.

Los voluntarios contestaron á estas elocuentes palabras con un rumor de aplauso. Hubo, sin embargo, alguno que se atrevió á decir de modo que lo oyó el General:

—Lo malo es que hay cañones delante de las tiendas.

—Los tomaremos, replicaron á una otros voluntarios.

PRIM se volvió, pronto como el rayo, y exclamó:

—Sí, los tomaremos: yo os haré ver como se pasa por las troneras de los cañones.

Estas palabras, y las que el día ántes fueron dirigidas por el General á las tropas, sin más objeto que el de infundir aliento á los soldados, adquirieron muy pronto, bajo la presion de las circunstancias, toda la solemnidad de una promesa ineludible.

IV.

Amaneció por fin el 4 de Febrero encapotado y triste. Durante la noche habia soplado un frio viento del Norte, y antes del día empezó á nevar: después cambióse el viento en Levante, amenazando lluvia, y todos los buques surtos en la rada se dispusieron á abandonarla. El ejército, pronto á batir tiendas en cuanto sonase el toque de diana, recibió contraórden, y tuvo que reprimir su impaciencia, esperando hasta nuevo aviso.

Serian las ocho y media de la mañana , cuando varió el tiempo , y el cielo comenzó á despejarse. Al momento circuló la orden de decampar , y en pocos minutos no quedaron más tiendas á las orillas del Guad-el-Jelú , que las del cuerpo de reserva , destinado á permanecer allí protegiendo la retaguardia. El largo convoy de acémilas y carros empezó á desfilarse rio arriba , camino de Tétuan.

Dada la señal de partir , las tropas emprendieron su marcha , pasando el Alcántara por cuatro puentes que habian construido nuestros ingenieros. El General en jefe y su Estado Mayor recorrian la llanura en observacion del enemigo , y dando y transmitiendo órdenes para organizar la expedicion. El ejército quedó formado en el orden siguiente , que debia conservar durante la batalla.

El segundo cuerpo , al mando del general PRIM , marchaba por la derecha del camino de Tetuan , llevando dos brigadas escalonadas por batallones , y las otras dos á retaguardia en columnas cerradas. Entre ellas iban dos baterías de montaña y dos del segundo regimiento montado.

El tercer cuerpo , á las órdenes del general Ros de Olano , avanzaba en la misma forma por la izquierda , siguiendo las ondulaciones del rio Martin , y llevando en el centro tres escuadrones de artillería de á caballo.

Entre ambos cuerpos de ejército iba la artillería de reserva , precedida de los ingenieros ; y por último , cerrando la marcha , seguia la caballería en dos líneas de batalla.

El cuerpo de reserva fué á situarse á la altura del reducto de la Estrella , donde debia permanecer amenazando constantemente á la extrema izquierda del campamento enemigo , y en disposicion de rechazar cualquier tentativa de los moros para extenderse por aquella parte. Varias lanchas cañoneras , subiendo por el Martin , vigilaban las vertientes de la márgen derecha de aquel rio , á fin de impedir que los marroquíes tomaran posicion en ellas.

Durante una hora marchó el ejército en correcta formacion por el llano , pausadamente , pero sin detenerse ante ningun obstáculo. A eso de las diez de la mañana sonó el primer cañonazo : habíalo disparado una de las cañoneras contra un grupo de enemigos , que , segun estaba previsto , se presentó sobre la derecha del rio. Las baterías bajas del campamento moro rompieron el fuego inmediatamente ; pero disparaban por elevacion , y sus gruesos proyectiles caian , sin causar ningun daño , en los claros de nuestros batallones : entre tanto seguian estos avanzando de frente , hasta llegar á la distancia de unos mil setecientos metros de aquellas baterías.

Observando los sarracenos el movimiento de las tropas españolas, que iban recatas al ángulo derecho de sus trincheras, agolparon allí su numerosa infantería, reavivando el fuego de sus cañones, al mismo tiempo que destacaban por el opuesto flanco unos cinco mil ginetes, con el propósito de atacar á nuestro ejército por retaguardia, cuando más empeñado estuviese por el frente. Dejóles ir el general O'Donnell, seguro de que daría buena cuenta de ellos el cuerpo de reserva, y continuó avanzando, siempre en la misma dirección, hasta que, hallándose los primeros batallones á un kilómetro del campamento moro, mandó hacer alto, y adelantar la artillería de reserva.

Instantáneamente ocuparon la vanguardia diez y seis piezas, que rompieron un vivísimo fuego contra las posiciones enemigas: la artillería rayada de tres regimientos montados, siguió á la de reserva, situándose al frente y á la izquierda, mientras dos baterías cañoneaban por la derecha á las fuerzas marroquíes, que bajaban á engrosar las huestes de caballería destacadas en el llano. El brigadier Villate con sus escuadrones se corrió por este lado para obrar en combinación con el cuerpo de reserva, y el general Mackenna, con dos batallones, apoyados por la brigada de lanceros, rechazó y puso en dispersión otras masas de á pié y á caballo, que descendían por la parte de Tetuan.

Entre tanto, los dos cuerpos de ejército iban ganando terreno sin disparar un tiro, y en medio de la tormenta formada por el continuo tronar de la artillería: nuestros cañones avanzaban, sin cesar de hacer fuego, en tanto que los del enemigo disparaban desde las trincheras, desde los reductos al pié de la torre Jeleli, desde la Alcazaba y desde las murallas de Tetuan.

El tercer cuerpo desfiló por su izquierda, siguiendo un recodo del Guad-el-Jelú, y rebasando el ángulo de la trinchera enemiga, fué á situarse á cuatrocientos metros de ella, amenazando su flanco derecho.

El segundo cuerpo se detuvo á igual distancia, en frente mismo de la vanguardia mora, y amagando á los campamentos de la izquierda. Nuestros artilleros, delante de todo el ejército, colocaban entre tanto cuarenta piezas en batería, rompiendo un espantoso cañoneo.

De pronto se levanta una densa humareda sobre las tiendas mahometanas, y un horrorísimo estruendo conmueve el aire y hace temblar el suelo: era que una de nuestras granadas había caído en un repuesto de pólvora, el cual acababa de volar, produciendo la explosión y los estragos consiguientes.

Serian las dos de la tarde : las tropas avanzaban paso á paso, sufriendo con pasmosa serenidad el fuego de las baterías enemigas, que no dejaba de causarles bajas, y aguardaban ya impacientes la orden de acometer. Por fin, cuando el General en jefe calculó que la infantería podría llegar de un solo aliento á las trincheras, dió la deseada señal de ataque ; y repetida por todas las cornetas, por los tambores y músicas, los treinta y dos batallones, la caballería, la artillería, los ingenieros, el cuartel general , todos á una se lanzaron frenéticos á las posiciones enemigas , confundiendo sus gritos con los de treinta mil moros , que armados de espingardas ó con la mecha encendida en las manos , solo aguardaban el momento de disparar á quemaropa torrentes de fuego y de metralla.

Pero nada detiene á los españoles, que en aquel instante supremo van alegres y decididos á la muerte ó á la victoria. En breve tiempo asaltan las trincheras , recibiendo á pecho descubierto millares de tiros: multitud de soldados , oficiales y jefes caen revueltos, bañándose en su sangre; pero los demás se les adelantan , arrollan al enemigo, toman los cañones á la bayoneta y traban una lucha terrible, formidable, cuerpo á cuerpo, dentro ya del campamento. Treinta y cinco minutos duró aquella indescriptible refriega, en que mezclados unos con otros, el moro mataba al moro, y el cristiano al cristiano involuntariamente; hasta que los vencidos marroquíes, como si obedeciesen á una consigna, huyeron en todas direcciones , dejando en poder de sus contrarios los campamentos con sus tiendas y bagajes, artillería y municiones.

Al darse la señal de ataque, la vanguardia del segundo cuerpo, al mando del general PRIM, se lanzó á la trinchera , formando aquella los cazadores de Alba de Tormes y Chiclana, los Voluntarios de Cataluña, el primer batallon de la Princesa, el primero de Leon y los dos de Córdoba, y siguiéndoles los demás por el orden en que iban escalonados.

Al principio avanzaron con regularidad; pero pronto se vieron embarazados por unos pantanos cubiertos de altas yerbas, en que los hombres se hundian hasta la cintura, en tanto que los moros les hacian un horroroso fuego. El Conde de Reus corrió á ponerse á la cabeza de los batallones, y ordenando un movimiento de flanco, salvó aquel obstáculo, y marchó resueltamente entre la laguna y el fuego que partia de las trincheras y parapetos.

Los Voluntarios de Cataluña seguian de cerca á su general , que vió en aquellos momentos comprometido su crédito, y en gran peligro las tropas que mandaba. Los



Prim en la batalla del 4 de febrero.

hombres caian á su lado heridos por el plomo y la metralla. Buscando con mirada penetrante un punto por donde asaltar el campamento enemigo, el general PRIM. observó que algunos moros salian por una tronera á disparar sus espingardas. En seguida se volvió hácia los Voluntarios, y les dijo:—“¡Adelante, muchachos! El campo es nuestro. No hay tiempo que perder.—Acordaos de lo que me teneis prometido.... ¡A los cañones! ¡A los cañones!.,—Y metió espuelas al caballo.

Momentos despues el General entraba por la tronera, seguido de sus ayudantes Sanz y Escalante, y de los oficiales del Estado Mayor Obregon y Navarro; dejó tendido á sus piés á un moro que, oculto debajo de una cureña, le apuntaba la espingarda; y derribando de una cuchillada á otro que iba á hacer fuego contra el coronel Alaminos, cerró con la muchedumbre de enemigos que rodeaban á unos cuantos soldados del regimiento de Albuera, perteneciente al tercer cuerpo, los cuales acababan de invadir tambien el campamento de Muley-Hamet.

Los cazadores de Alba de Tormes y Chiclana y los Voluntarios de Cataluña, lanzándose á la carrera en pos de su denodado caudillo, asaltaron simultáneamente las trincheras, arrollando cuanto se oponia á su paso, impávidos en medio del fuego, y cargando á la bayoneta sin disparar un tiro, hasta quedar en posesion de la luneta avanzada y dejar expedito el camino á las demás tropas del segundo cuerpo. El arrojo de los Voluntarios, de aquellos soldados bisoños que se batian por primera vez, fué celebrado por todo el ejército; pero no alcanzaron tan brillante lauro sino á costa de abundante y preciosa sangre: la cuarta parte de aquella fuerza quedó fuera de combate, contándose entre los muertos su bizarro comandante Sugañes y el teniente D. Mariano Moxó.

Unos en pos de otros, todos los batallones del segundo cuerpo asaltaron el campamento moro: el de Saboya acometió de frente á un cañon, y ya lo tocaba, cuando partió de él una horrible descarga de metralla. La mitad de la compañía de granaderos fué barrida y completamente destrozada; pero la otra mitad entró por la tronera, con su capitan D. José Bernad á la cabeza. Con no menos arrojo se lanzaban al parapeto las demás fuerzas, al mismo tiempo que el regimiento de Albuera, los batallones de Ciudad-Rodrigo, Zamora, primero de Asturias y los restantes del tercer cuerpo, con el que iba el General en jefe, penetraban por el flanco derecho de las trincheras enemigas.

Entonces fué cuando se trabó la formidable lucha, dentro ya del campamento de Muley-Hamet, en que revueltos moros y cristianos, peleando cuerpo á cuerpo, unos

á otros se disparaban á quemarropa, ó se acometian al arma blanca. Los jefes ensangrentaban sus espadas, cruzándolas con las gumias; los oficiales rechazaban á pistoletazos el fuego de espingarda; los soldados disparaban sus fusiles á la vez que hundian las bayonetas en el pecho de sus tenaces enemigos. Treinta minutos duró aquella tempestad humana, y en tan breve espacio, más de tres mil hombres quedaron fuera de combate.

Pronto los moros se vieron cercados: los generales García y Mackenna les habian tomado la retaguardia; Ros de Olano, Turon y Quesada los estrechaban ganando terreno; PRIM y Orozco avanzaban de tienda en tienda, siempre de frente, y Don Enrique O'Donnell subia con su division por la derecha, invadiendo el campamento de Muley-el-Abbas, y no tardando en tremolar el pabellon de España sobre la torre de Jelelí. Un momento más, y los marroquíes, enteramente copados, no tenian otra alternativa que rendirse á discrecion, ó morir. Antes que llegar á este extremo, prefirieron escapar huyendo en espantoso desórden.

A las cuatro de la tarde todo estaba terminado. El general PRIM, con su cuerpo de ejército, se situó en el campamento de Muley-el-Abbas, que habian ganado sus tropas: las demás fuerzas se distribuyeron en los otros campamentos, y el cuartel general se alojó en una hermosa quinta, de las más avanzadas hácia la llanura.

Las tiendas de los españoles fueron levantadas entre las de los marroquíes; pero muchos soldados prefirieron dormir en estas, sobre mullidas alfombras.

A pesar de su completa derrota, los moros no se daban por vencidos, y continuaron disparando cada minuto un cañonazo desde las torres de Alcazaba; pero afortunadamente sus proyectiles no causaron desgracia alguna. A las once de la noche cesó aquel cañoneo: los habitantes de Tetuan habian reconocido su impotencia, ó tal vez en aquellos momentos eran victimas de la rapacidad del ejército derrotado.

A la mañana siguiente, el general O'Donnell intimó la rendicion á la plaza, enviando al efecto dos comisionados con un escrito redactado en estos términos:

“Al Gobernador de Tetuan:—Habeis visto vuestro ejército, mandado por los hermanos del Emperador, batido: su campamento, con la artillería, municiones, tiendas y cuanto contenia, ocupado por el ejército español, que está á vuestras puertas con todos los medios para destruir vuestra ciudad en pocas horas.

„No obstante, un sentimiento de humanidad me hace dirigirme á vos.

„Entregad la plaza, para la que obtendreis condiciones razonables, entre las que

estarán el respeto de las personas, de vuestras mujeres, de las propiedades y de vuestras leyes y costumbres.

„Debeis conocer los horrores de una plaza bombardeada y tomada por asalto: evitadlos á Tetuan, ó de otro modo, cargad con la responsabilidad de verla convertida en ruinas y desaparecer la poblacion rica y laboriosa que la ocupa.

„Os doy veinticuatro horas para resolver: despues de ellas no espereis otras condiciones que las que imponen la fuerza y la victoria.—Campamento junto á la plaza de Tetuan, 5 de Febrero de 1860.

Partieron con esta misiva los comisionados, que lo eran el intérprete Pedro Dejean y un moro de cierta categoría hecho prisionero en la batalla del dia anterior, llamado Sidi-Mohammad; pero antes de llegar á Tetuan, que distaba del campamento un cuarto de legua, vieron venir por el camino cinco moros, uno de ellos montado en una mula, y otro con una bandera blanca en señal de parlamento. El intérprete ocultó el pliego que llevaba, y aguardó á los emisarios tetuanies, entre los cuales habia uno llamado el Hach Hamet-Abel que ejercia el cargo de cónsul de Austria. Este refirió que la ciudad se hallaba en la mayor consternacion; que el ejército marroquí, despues de su derrota, habia entrado en la plaza, y llevándose todo el dinero y alhajas que fué posible cargar, habia vuelto á salir por el camino de Tánger; que muchas familias, y sobre todo las mujeres y la gente rica, seguian en su fuga á los príncipes y jefes militares del Imperio, llevándose los muebles, ropas y víveres; que, por último, despues de haberse retirado el ejército, la soldadesca ferroz y hambrienta de las kabilas habia entrado á saco y á degüello, á las dos de la madrugada, en el barrio de los judíos, cometiendo excesos y estragos espantosos. Manifestó además, que los habitantes pacíficos de Tetuan no podian abandonarla, ni se atrevian á entregar la plaza por temor á Muley-el-Abbas y á sus tropas, que les acechaban para caer sobre ellos y exterminarlos en cuanto trataran de rendirse; por lo cual habian resuelto acudir en demanda de consejo y proteccion á los españoles, para que estos les ayudasen contra el ejército marroquí.

Los emisarios fueron conducidos á la presencia del general O'Donnell, á quien repitieron la relacion que antecede, implorando piedad y proteccion. El Conde de Lucena les contestó lo que habia dicho por escrito al Gobernador de Tetuan, y entregándoles el pliego que contenia la intimacion, les dijo:

—Si mañana á las diez no se ha entregado la ciudad, á las once será un monton de ruinas.

El moro diplomático prometió que antes de las diez se daría la respuesta, y advirtió que si por la mañana no flotaba en la Alcazaba la bandera marroquí, sería señal de que Tetuan estaba pronta á rendirse.

Durante el día se activó la conduccion del tren de sitio, y se colocaron algunos morteros en batería. Por la noche nuestras avanzadas oyeron tiros dentro de Tetuan. Al amanecer vióse con alegría que la bandera verde habia desaparecido del torreón de la Alcazaba; y siendo esto indicio de que la ciudad se rendía, todo el ejército hizo sus preparativos de marcha, en la creencia de que muy pronto se daría la órden de partir.

A las ocho de la mañana llegó al campamento un renegado español, llamado Robles, y refirió que los kabilas marroquíes habian vuelto á entrar en Tetuan aquella noche, y aun continuaban dentro robando y asesinando sin piedad á cuantos caian en sus manos: traía una carta para el general O'Donnell, en la cual se le suplicaba que, por humanidad, acudiese cuanto antes á socorrer á los infelices moradores de la ciudad.

El Conde de Lucena permaneció algunos minutos encerrado con Robles en su tienda, y saliendo luego, visiblemente conmovido, mandó que formasen las tropas para marchar.

En breves momentos estuvo levantado el campo, y á las nueve de la mañana el ejército se puso en movimiento. El general PRIM, con su cuerpo de ejército, se dirigia por las faldas de Sierra Bermeja, para ir á tomar posesion de la Alcazaba. El general Rios avanzaba por el camino bajo, debiendo entrar en Tetuan por la primera puerta que encontrase; y detrás iba el cuartel general, seguido del tercer cuerpo, al mando de Ros de Olano.

Mientras el ejército avanzaba lentamente, á causa de la estrechura del camino, tortuoso y rodeado de altos setos, oyéronse algunos tiros hácia la montaña, y otros más lejanos que se conocia eran de espingarda. Vióse luego á los Voluntarios de Cataluña, que, formando castillos de hombres, como acostumbran hacerlo por diversion en las fiestas de algunos de sus pueblos, escalaban de este modo los muros de la Alcazaba, y plantaban sobre sus almenas la bandera española. Despues retumbaron cinco ó seis cañonazos, infundiendo alarma en los que oian sin poder ver lo que pasaba. Aquellos cañonazos eran dirigidos desde la misma Alcazaba por nuestras tropas contra los moros, que hostilizaban á Tetuan, queriendo entrar en ella por la puerta de Tánger.